

"El juego del calamar" es una alegoría del infierno capitalista

CAITLYN CLARK :: 07/10/2021

Enfoque explícito de la serie sobre la clase y la desigualdad, especialmente en el contexto de la Corea del Sur moderna desde la invasión de EEUU en 1953

Aunque los extranjeros conocen la industria del entretenimiento surcoreana principalmente por su prolífica producción de K-Pop, un puñado de películas y series de televisión coreanas también han atraído la atención internacional en los últimos años. Las exportaciones cinematográficas del país son mucho más oscuras y abordan de forma directa y alegórica la sombría realidad de la vida en Corea bajo el capitalismo.

La última entrada en este género es el drama distópico de supervivencia de Netflix *El juego del calamar* (Squid Game), que va camino de convertirse en la serie más vista de la plataforma de todos los tiempos. Al igual que la película de Bong Joon-ho ganadora del Oscar en 2019, *Parasite*, y el drama de Netflix de 2020, *Extracurricular*, *El juego del calamar* refleja el creciente descontento con la desigualdad socioeconómica coreana.

Apodado uno de los cuatro «tigres asiáticos», la economía surcoreana ha experimentado enormes cambios en los últimos sesenta años tras la rápida industrialización posterior a la Guerra de Corea. En 1960, la renta per cápita de Corea del Sur, de 82 dólares, la situaba por detrás de una larga lista de países económicamente explotados y empobrecidos, como Ghana, Senegal, Zambia y Honduras. No fue hasta la llegada al poder del dictador Park Chung-hee, en 1961, cuando Corea empezó a experimentar un enorme crecimiento económico. Conocida como el «milagro del río Han», Corea del Sur pasó de ser un país de bajos ingresos a una de las principales economías del mundo en el transcurso de unas pocas décadas.

Aunque el crecimiento económico de Corea elevó el nivel de vida general, mucha gente ha quedado atrás. La tasa de suicidios de Corea del Sur es una de las más altas del mundo, un problema especialmente presente entre los ancianos, de los que casi la mitad viven por debajo del umbral de la pobreza. Los jóvenes tienen sus propias luchas, como el reclutamiento militar, la intensificación de la presión académica y el desempleo (en 2020, la tasa de desempleo juvenil era del 22%). Han acuñado un término para esta sociedad de fuerte estrés y oportunidades limitadas: «El infierno de Joseon», en referencia satírica a la dinastía Joseon, rígidamente jerárquica, que la Corea moderna debía dejar atrás.

Mientras millones de coreanos de a pie luchan por sobrevivir, las élites del país mantienen un férreo control de la economía. La economía coreana funciona sobre la base de los *chaebol*, conglomerados empresariales propiedad de un puñado de familias ricas y poderosas. En su día elogiados por sacar a la nación de la pobreza, actúan ahora como el epítome del capitalismo monopolista en Corea del Sur, cargado de corrupción y libre de consecuencias. Entre los mayores *chaebol* del país se encuentra Samsung, cuyo director general, Lee Jae-yong, salió de la cárcel en agosto de 2021 tras cumplir solo la mitad de su condena de dos años por soborno y malversación de fondos. Para justificar su liberación, el

gobierno surcoreano citó la importancia de Lee para la economía del país.

La extrema desigualdad de Corea es el tema central de *El juego del calamar*.

En el programa, un grupo de concursantes agobiados por las deudas compiten en una variedad de juegos infantiles, desde «Luz verde, luz roja» hasta el tradicional «ppopgi» coreano, para tener la oportunidad de ganar 38.000 millones de KRW (aproximadamente, 38 millones de dólares). Solo hay una trampa: cada juego se juega a muerte. Los jugadores que fallan mueren en el acto, y el riesgo de eliminación aumenta con cada ronda. Cada vez que se mata a un jugador, se añade dinero adicional al bote de premios, que se muestra en forma de una hucha gigante que levita en el centro del dormitorio de los jugadores.

Mientras tanto, un grupo de élites mundiales muy ricas observan y se deleitan con los miserables intentos de los jugadores por ganar el dinero del premio. Apuestan por la vida de los jugadores de la misma manera que el protagonista de la serie, Gi-hun, apostó en su día por una deuda que le arruinó la vida: una ilustración creativa de cómo la sociedad capitalista funciona con dos conjuntos de reglas, uno para los ricos y otro para los pobres.

Lo que distingue a *El juego del calamar* de otros contenidos distópicos, como *Battle Royale* y *Los juegos del hambre*, es el enfoque explícito de la serie sobre la clase y la desigualdad, especialmente en el contexto de la Corea del Sur moderna. En el segundo episodio, los personajes regresan a su vida cotidiana después de haber votado por la interrupción del juego en el episodio piloto, pero las penosas condiciones de su vida, sumidas en una deuda aplastante, les hacen regresar inevitablemente. Si van a sufrir bajo el capitalismo a pesar de todo, también pueden probar el premio en metálico que promete el juego y que les cambiará la vida. Quizás en referencia a la naturaleza ineludible del infierno de Joseon, el episodio se titula «Infierno».

La descripción que hace *El juego del calamar* de la vida en Corea del Sur subraya cómo las circunstancias económicas de los coreanos de clase trabajadora no les dejan otra opción que participar en los juegos supervisados por los gobernantes de la sociedad. La historia se centra en Gi-hun, cuya adicción al juego y el desempleo le han dejado arruinado y endeudado. Opta por los juegos con la esperanza de ganar suficiente dinero para pagar las facturas médicas de su madre moribunda, y para mantener a su hija en un intento de evitar que se traslade a Estados Unidos con su madre.

A medida que la serie avanza, se revela que los problemas financieros iniciales de Gi-hun se remontan a la pérdida de su trabajo diez años antes. El guionista y director de la serie, Hwang Dong-hyuk, ha dicho que modeló el personaje de Gi-hun a partir de los organizadores de la huelga de la planta de Ssangyong Motors de 2009, que terminó en derrota tras los ataques sostenidos de la policía. En los *flashbacks* nos enteramos de que después de que Gi-hun y un grupo de sus compañeros fueran despedidos, él y sus compañeros del sindicato se atrincheraron en el almacén de Dragon Motors durante la noche. Los rompehuelgas derribaron las puertas y golpearon a los trabajadores con porras, matando a golpes a un compañero de Gi-hun ante sus ojos. Mientras se desarrolla esta escena de violenta represión laboral, Gi-hun se pierde el nacimiento de su hija.

Corea del Sur tiene una larga y continua historia de prácticas antilaborales, a menudo extremas y a veces violentas. El mes pasado, el presidente de la mayor confederación sindical del país fue detenido y encarcelado con el pretexto de violar las normas de seguridad por el COVID-19 en una manifestación laboral en Seúl. Con toda probabilidad, su objetivo era mostrar un grado de militancia laboral que desconcertaba al gobierno.

Aunque *El juego del calamar* hace un guiño a la más reciente huelga de Ssangyong Motors de 2009, la violenta lucha de clases ha atravesado la historia coreana durante décadas. En 1976, por ejemplo, las trabajadoras de la fábrica textil Dong-Il iniciaron una lucha por unas elecciones sindicales justas y democráticas que duró casi dos años, durante los cuales se enfrentaron a una inmensa brutalidad policial y a los ataques de los rompehuelgas. La lucha culminó con un ataque de antisindicalistas coreanos apoyados por la CIA que arrojaron excrementos humanos sobre las trabajadoras que intentaban votar en las elecciones sindicales. Dong-Il ejemplifica varios temas de la historia laboral coreana a la vez: la política gubernamental antiobrera, la guerra corporativa contra los trabajadores, la violencia contra las mujeres y el sindicalismo amarillo de empresa del Sindicato Federal Coreano (FKTU). Los últimos cincuenta años de la historia laboral coreana desde entonces no han sido menos brutales.

En el episodio 4 de *El juego del calamar*, «Un mundo justo», un concursante es sorprendido haciendo trampa. Él y sus cómplices son ejecutados rápidamente. El maestro del juego pronuncia entonces un apasionado discurso en el que describe el proceso como una meritocracia, y a sí mismo como un benévolo proveedor de oportunidades. «Estas personas sufrieron la desigualdad y la discriminación en el mundo real», dice, «y les estamos dando una última oportunidad de luchar limpiamente y ganar».

Aunque quizás sea universal en las sociedades capitalistas, la meritocracia tiene resonancias particulares en la cultura coreana, que se remontan al confucianismo. La idea de que el trabajo duro dará sus frutos sigue siendo un eslogan común en Corea, incluso cuando cada vez más jóvenes coreanos que siguieron el camino recto del altamente competitivo sistema educativo coreano se encuentran con el desempleo, el dominio de los *chaebol* y la desigualdad.

Para muchos, «El milagro del río Han» se ha convertido en «El infierno de Joseon». Y como *Parasite* antes, *El juego del calamar* muestra que el mito capitalista del país está siendo horadado por grietas cada vez más profundas.

jacobinlat.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-juego-del-calamar-es>